

viajes

edición 192
07 de diciembre de 2008



Verano 2009 Las más bellas piscinas de hotel

Torres del Paine,
el nuevo Patagonia Camp

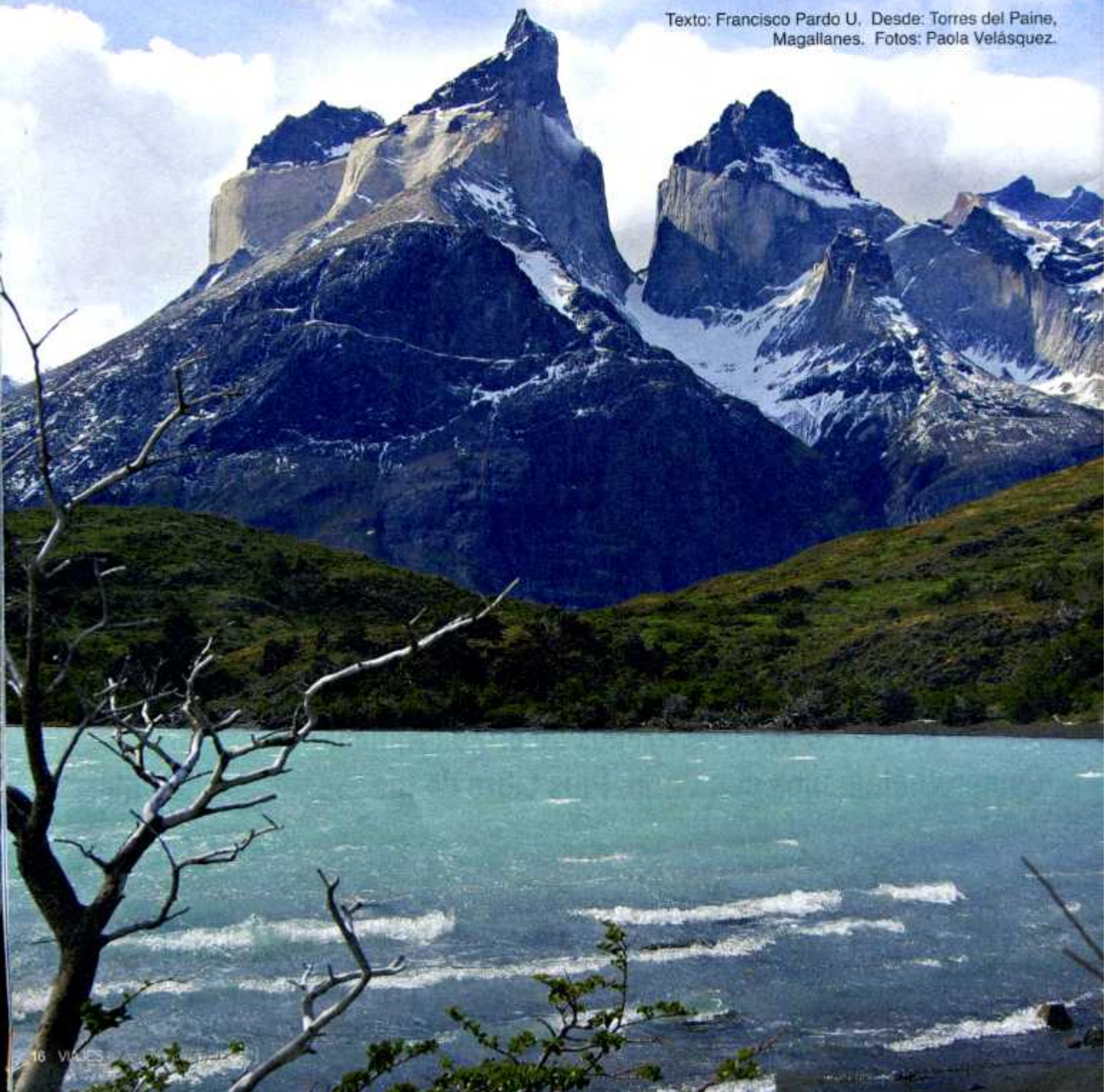
Un outlet en Estados Unidos
para olvidar la crisis

LA TERCERA
REVISTAS

TRAS LOS CUERNOS DEL PAINE

El macizo del Parque Torres del Paine es una de las postales más representativas de la Patagonia chilena y una marca registrada a nivel internacional. Vinimos a conocer un nuevo "campamento" de lujo, casi volar con el viento y disfrutar de uno de los lugares más hermosos del planeta.

Texto: Francisco Pardo U. Desde: Torres del Paine, Magallanes. Fotos: Paola Velásquez.



Dicen que todo lo que merece hacerse, merece hacerse lentamente. Y lo que en otras partes fue bautizado como *slow life* o *slow food*, aquí en la Patagonia, simplemente, se llama vida o comida. Un ejemplo de aquello es este cordero al palo que durante cinco horas ha transpirado sus grasas y que ahora miramos como gatos frente a la carnicería, luego de un largo viaje y algunas dosis de comida de avión. Sin duda que empezamos con la mejor manera de conocer un lugar o conquistar a alguien: por el estómago.

Estamos en la Estancia El Palenque, a unos 30 km de Puerto Natales. Durante el trayecto desde Punta Arenas, vimos flamencos rosados que contrastaban con aquellos melancólicos parajes patagónicos, muchas ovejas (el 57 por ciento de los ovinos nacionales se encuentra en esta zona) y comprobamos eso de que aquí se pueden experimentar las cuatro estaciones del año en un rato. Ahora, desde la ventana del comedor de la estancia vemos las brasas, lo que resta del cordero, un periodista de TVN preguntando al cocinero sus secretos, un arcoíris, las negras nubes allí en el fondo y las mejillas rojas y sonrisas de casi todos los comensales.

Hace cinco años que Luis Mladinic y Marcela León abrieron esta estancia ganadera para dar una bienvenida como sólo saben hacerlo en el sur. Son como esos tíos, esos que nunca ves, pero que cuando los visitas abren sus brazos y refrigeradores para dejarte en claro que una buena comida es la forma de demostrarte cariño. Y basta revisar el libro de comentarios para comprobar que no somos los únicos con tal impresión: wonderfull, thanks y gracias en varios idiomas proliferan en sus páginas. Como bajativo, aparecen en la sobremesa las historias de pumas (hay dos cosas constantes en la Patagonia: el viento y las historias de pumas), de cómo las madres, al enseñarle





Arriba, vista desde Patagonia Camp. Abajo, dos postales del parque, los guanacos y el puente sobre el río Pingo.

a sus crías a cazar, mataron en otras temporadas a algunos ejemplares mezcla de llamas y guanacos que tienen en el predio. "¿Y cómo se adaptan las llamas a la zona?" "Muy bien", responde Marcela. "Al menos no se han quejado", agrega y suelta una risa que es la perfecta despedida para este almuerzo familiar. Volvemos al camino.

MONGOLES PATAGÓNICOS

Llueve. Pasamos por alto Puerto Natales y nos dirigimos hasta el kilómetro 74 de la ruta que une a Natales con el Parque Torres del Paine, lugar de nuestro "campamento" por los próximos tres días. Se trata del Patagonia Camp, una mezcla entre asentamiento mongol y caleta Tortel de lujo, en medio de un bosque de coigües, ñirres y notros.

Situado a orillas del lago Toro y a 17 km de una de las entradas al parque, se divide en 18 "yurts" conectados por pasarelas de lenga y todos con una privilegiada vista al lago y al

macizo Paine. Entre las varias cualidades del hotel, destacan dos: la experiencia de dormir en los "yurts", especie de carpas originarias de las estepas montañosas del Asia Central —aunque con calefacción y baño— que permiten la agradable sensación de estar en contacto con los elementos del clima; y su política *eco friendly*, que se constata desde el tratamiento que hacen de las aguas y el uso de energía solar, hasta el vino y cerveza orgánica que ofrecen en su bar y menús.

Precisamente en el bar y con una rubia (cerveza) es que terminamos el primer día con Roxana Maggio, *barwoman*, y Ludolf Lausen, el chef del hotel. Una pareja que pertenece a esa histórica tradición de colonos de los que se ha nutrido esta región y que, en este caso, va por la segunda temporada. Él ocupa ingredientes de la zona para las preparaciones de su correcta cocina, como el conejo para una lasaña o merluza austral; y ella inventó el pisco sour "ojos del

toro", con un toque de curaçao que asemeja la coloración del lago de enfrente y responde "la luz" cuando oye la pregunta sobre lo que más le gusta de aquí. "En el verano hay luz desde las 4 hasta las 12 de la noche" y mira por la ventana buscando los macizos del Paine mientras sirve otra cerveza Biguales, esta vez, morena.

Desayuno. Historia de puma dos: durante el invierno un cuidador del vacío hotel se levanta, mira por la ventana y afuera, como un gato casero, una puma adulta. Asustado, el cuidador pone el refrigerador en la puerta, pero, chanfle, no tiene la radio para comunicarse y debe pasar dos días y medio encerrado, hasta que con perros espantan al animal. Ahora miramos por el ventanal y no hay felinos, sólo un día lluvioso y, al fondo, los cuernos y las Torres del Paine tapadas por nubes. Pero, de todas maneras, salimos en busca de la cercana laguna Bonita. Aunque al poco rato regresamos mojados y muertos de frío. Nada



que un buen baño de tina con sales de baño de romero no puedan solucionar.

Con un privilegiado día de sol partimos al día siguiente y a los pocos minutos, una secuencia salida de Animal Planet: una liebre muerta en mitad del camino y un águila sobre ella. Aquí es mejor andar con la cámara en la mano como si fuese un revólver y estos parajes el lejano oeste. Luego nos bajamos en el primer mirador del día, hacia el lago Toro, y comprobamos la fuerza del viento que empuja para todos lados a los turistas que visitan el parque, instalando el ya clásico "peinado magallánico" en sus cabezas.

"Acá en la zona pasan cosas extrañas", dice Francisco Muñoz, administrador del Patagonia Camp. Y cuenta, después de cruzar el puente colgante sobre el río Pingo y conforme caminamos bajo un bosque de lengas, que hace un tiempo lo siguieron unos *foo fighters* (mini ovnis) mientras manejaba su camioneta. Y aunque la historia es buenisima,

El impresionante Salto Grande se encuentra camrto al mirador Cuernos.



Los clásicos en la playa Grey: el viento y los trozos que se desprenden del glaciar.

de inmediato la atención es dirigida a la gris playa de 3 km que se extiende frente a nosotros. Estamos en el lago Grey a cuyas orillas llegan gigantes trozos desprendidos del glaciar del mismo nombre, trozos que dan cuenta de la merma anual que sufren las formaciones de hielo del parque. No nos queda más que echar algunos pedazos en nuestros vasos con whisky, admirar el paisaje y hacer un sentido salud por el Grey en esta suerte de cementerio de glaciares.

Y ahora a lo que venimos. Caminar hasta los pies del macizo Paine, formación compuesta por la imagen más clásica de la Patá-

gonia chilena, las torres, y por el otro lado, los cuernos y el Paine Grande. Para llegar, avanzamos 20 km desde la playa Grey hasta el hermoso puente Weber, para luego arribar al sector Pudeto, donde descendemos de la van y comenzamos el trekking final de 4 km hasta el mirador Cuernos. Durante la caminata, pasamos por la caída de agua Salto Grande con la presencia de curiosos guanacos que ametrallamos con clics de cámaras. Seguimos avanzando por un sendero que parece hecho a mano, el día es casi perfecto y tras pasar por una playa de arenas negras, llegamos finalmente al mirador. Y como si el macizo quisiera



poner precio a nuestro arribo, lanza furiosas ráfagas de viento que casi nos tiran al suelo y la verdad es que muchos disfrutamos de la intensa experiencia como niños, saltando y hasta volando con el verde lago Nordenskjöld de fondo y los imponentes cuernos casi encima de nuestras cabezas. ■

